

Marañón, menos ortodoxo que su maestro Siegmund Freud, Mira y López alcanza el justo promedio, útil para orientar al cada día más extrovertido hombre moderno. La causalidad de estos gigantes del alma, motores de nuestra vida subjetiva y práctica, la busca Mira y López en las más distantes agrupaciones humanas, cuando la naturaleza imponía su misterio y primaba la ley del bruto más fuerte, aquel que jamás era vencido. Así se originó, por ejemplo, el deber impuesto, transformado con el tiempo en sentido espontáneo del deber y todas las demás economías afectivas que hacen más expedita la vida del hombre. El estilo de Emilio Mira y López es ágil y rico en agudezas sorprendidas; su seguimiento de las prohibiciones que moldean la conducta del niño hasta que hacen un hombre de bien y su conclusión de que sólo se descansa del deber apremiante, con la muerte, es maravillosa. Además, analiza los celos, las diferentes clases de amor y de odio, el mecanismo de los resentidos, etc.

<https://doi.org/10.29393/At343-344-30NARA10030>

“NAUFRAGIO”, de *Juan Marín*.

La actividad de Juan Marín como médico, aviador, pugilista, es ya un asunto que se repite como ritornelo antológico. Pero además es interesante seguir su actividad integral, esa que salta más allá de su propia fama y trasluce una faena diaria, infatigable. Periodista ameno y de nervio, ensayista, artífice de creación literaria, Juan Marín es ya un caso de fecundidad prodigiosa, con pocos antecedentes en Chile.

Contenido amante del mar, Juan Marín nos ofrece en este libro varios relatos, siendo el más extenso el que da título a su obra. La prosa es sencilla, clara, con algo del frescor angélico que ponen los niños talentosos en sus composiciones escolares. En cada renglón, hay cierta remembranza de proeza náutica, como las que abundan en “El Corsario Negro” y otros libros perennes. Tal vez sólo falta que el relato adquiera tensión, que el ensayista ceda el paso al cuentista de fuerte garra imaginativa; aparece excesivamente el médico como invasor del plano literario. No supera este bello

tomo, editado por Zig-Zag, a "Paralelo 53, Sur" y "Viento Negro", del propio Juan Marín.

"LA PIEL", de *Curzio Malaparte*

El temblor emocional, el barroquismo formal de este libro, la fuerza imaginativa, nos hacen pensar en que la literatura es algo tan fuerte como la vida del hombre, que prevalece y adquiere su propio destino, cuando el efímero individuo se extingue. Curzio Malaparte viene de D'Annunzio, por su fuerza literaria, oscilante en ese filo en que lo libresco y lo humano se confunden. La realidad que para cualquiera otra clase de espectador resultaría delineada, escueta o sin ninguna resonancia, tiene para Malaparte una fuerza trágica, de tremendo efectismo, sin que jamás se pierda el rumbo estético. De ahí que lo creamos un gran literato, un literato que no pierde los contornos del sentido real, como Voltaire en su "Cándido", o Jean Lorrain en su "Señor de Phocas".

Con semejante disposición dramática, con esa percepción del más cruel y tenebroso contraste, es de imaginar cómo habrá sentido Malaparte la guerra última. La lucha contradictoria y monstruosa, primero con los alemanes y contra los aliados, en seguida junto a los aliados y contra los tudescos. Los cuadros son de un naturalismo horrendo, exaltado por la poesía dramática que el autor lleva en su cálida sangre. Se observa al hombre en los planos más hondos de su abyección, y no obstante, algo sobrevive, algo más fuerte que la vejez cultural de Europa: la esperanza en el hombre cristiano con que sueña Malaparte.